

Apología de la inapetencia

Jaina Pereyra Muñoz

La anorexia no es una obsesión por ser flaca. No sólo, por lo menos. Tampoco es una moda o la culpa de ésta, ni es un capricho vanidoso. Realmente es difícil establecer qué es y por qué se manifiesta como lo hace, cuando lo hace. Sé cómo te hace sentir, cómo te hace actuar, cómo te hace pensar. No sé por qué, ni cómo se quita. No sé si debo verla en retrospectiva o en perspectiva prospectiva, porque a veces pareciera que es como tu sombra, como una parte de ti de la que no puedes desprenderte, porque sabes que no habrá polvos mágicos que una fantasiosa y fantástica hadita pueda regalarte para recuperar tu historia; a veces pareciera un recuerdo que se perdió hace varios años y aún más kilos.

Hace exactamente diez años, en unas vacaciones de verano, me propuse demostrar que la obesidad no era la causa de mi diabetes, esa enfermedad que —según una inoportuna persona— era mi negación a aceptar lo dulce de la vida. Esta frase me ha perseguido por años en los que he reído más fuerte que todos para probar que no es cierto, pero me inquieta pensar que puede serlo. Viendo las fotos, debo aceptar que no era una niña obesa, pero hemos de recordar que era la época de gloria de Kate Moss y que yo era una “puberta” de catorce años sin mucha idea de la normalidad. Era una época en la que pocas niñas eran tan, tan flacas, pero todas querían serlo. Y así empezó el duelo con la báscula, las calorías, los menús, las cuentas. Un infierno que te consume (justo cuando odias tanto consumir) y que te duele, pero que te distrae de lo que te acongoja. Un mal menor, una salida fácil de la que resulta imposible salir. Un camino tortuoso, pero que parece tener un destino y un barandal, y una cuerda que te detiene, que te ata, que te salva, que te ahorca.

Anorexia significa la pérdida del apetito. No es que no quieras comer. Es que te aterra hacerlo. Ser anoréxica significa tener temor

al deseo que te inunda, un temor que te hace defenderte de las pasiones más instintivas, de las necesidades más básicas, porque no quieres sentir, porque sentir duele. Significa una lucha constante contra la normalidad, contra el ser. No sólo te aterra alimentarte de sentimientos y de alimentos, sino que te enorgullece no necesitarlo, o creer que no lo necesitas, hacer creer que no lo necesitas. Es un extraño placer que se deriva de elevarte a un nivel etéreo, en el que los pensamientos flotan capaces, donde los sentimientos se amortiguan entre las nubes, donde los deseos se pierden entre argumentos y donde los miedos son atajados valientemente por los sueños. Es un extraño placer que se deriva de dejar de ser lo que eres para demostrar que puedes dejar de ser. Así, cuando en las noches las paredes del estómago se observan sin obstáculos y deciden amotinarse para manifestar su dolor, cuando lloran para recordarte que tu cuerpo te necesita, que no es hora de abandonarlo, no puedes más que sonreír, a sabiendas de que el dolor que sientes significa que estás liberándote de ese monstruoso cuerpo que tanto te pesa, aunque ya no pese tanto. Es como ese cuento de Revueltas, o el de Fuentes, o el de Joyce, en el que los protagonistas anhelan el dolor de un moribundo cuerpo porque es esa la señal de vida. Duéleme cuerpo... Y en el dolor comienzas a contar calorías de la semana que viene. Sabes qué desayunar, comer y cenar para mantener el máximo de trescientas cincuenta calorías diarias. Cinco chicles sin azúcar, veinticinco calorías; un sobre de Canderel, cuatro; una coca de dieta, diez, mínimo, porque aunque dice cero, no puede ser, porque por lo menos contiene dos sobres de Canderel (y pico, por si acaso). Comienzas a planear cómo distribuir chícharos en el plato para que parezcan más, cómo abrir las alcachofas para que llenen el plato, cómo acomodar los cubiertos para que ocupen más espacio. Hasta que te quedas dormida. Y sueñas con banquetes, con bacanales romanas, con placeres infinitos y amaneces llena, asqueada, arrepentida de haber claudicado. Por suerte nadie te vio.

La anorexia es un mecanismo para detener el tiempo. Es una

aliada que te cobija para que no tengas que seguir la carrera hacia la adultez. Se encarga de eliminar de tu cuerpo los rastros de tu feminidad. Esa voluntad asesina que mutila tu diario va borrando toda huella del crimen de nacer mujer. Los senos se vuelven pequeños, hasta desaparecer; las caderas pierden volumen, hasta emparejarse con tus afiladas costillas. Las piernas se vuelven huesudas. Dos largas tildes de donde sólo destacan unas enormes rodillas que delatan que te falta carne y comida. Y te mueres de frío. Se te resbala la ropa y se te pegan las miradas de gente que no oculta el terror de sus ojos y el morbo de su naturaleza y que te hacen sentir todavía más inadecuada. Te hacen querer correr hacia tu guarida, donde tienes más voluntad que nadie, donde no necesitas comida ni cariño ni aprobación ni esa compasión tan inapropiada. Eres una heroína y te observan como una condenada a muerte. Y sientes que son ellos los condenados por su cuerpo, porque no lo pueden apagar, porque no lo pueden silenciar. Tú, en cambio, tienes acceso a una burbuja que te aísla de tu cotidianidad y que te permite habitar la fantasía del omnipotente control. Nada escapa a tu vista, a tu sentir, a tu voluntad, a tu deseo. No quieres ser mujer y tu cuerpo no te va a delatar. Tienes un misógino conflicto con tu futuro porque no te gusta la idea que tienes de ser mujer. Es un conflicto con tu madre, con tu abuela, con tu hermana, con las que no sufren y con quienes las rodean. Y contigo. Tienes la opción de abalanzarte hacia un futuro incierto, aterrador, inapetente o frenar el tiempo y, con suerte, dejar de ser. Se trata de tener control o creer tenerlo o soñar con tenerlo o con que crean que lo tienes. El control es tu escudo, así que debe ser grande, brillante, imponente, para que sólo los muy valientes se atrevan a lastimarlo. Los sueños valientes lo vulneran cuando se entregan al deseo, el corazón débil lo vulnera cuando se entrega a la tristeza, tu ser humano lo vulnera cuando se entrega a sí mismo.

Y así, hilvanando kilos a la deriva, dejas, pronto, de reconocerte en el espejo y de verte tal cual eres. Te vas enfermando de una miopía

que, aún después, con muchos kilos de más, sigue presente atosigándote. Una miopía que no te permite dilucidar la realidad. Eres talla cero y envidias a la talla cuatro que sonrío al mundo, mientras tú le das la espalda. Y la envidias por ser tan flaca. Una mio-pía que no puede corregirse (y que me atemoriza cada vez que entro a un baño público en una noche de amigos que estoy disfrutando, porque temo que aparezca en el espejo recordándome que no me veo como me siento, sino peor, siempre peor). Tanto esfuerzo y no llegas nunca a disfrutarlo, porque en cuanto rinde frutos, lo cubres con ropa protectora y ojos engañosos. Pero, ¿es esfuerzo? ¿Puede serlo algo que te empuja sin compasión hacia un comportamiento que no puedes evitar? ¿Es un esfuerzo si no implica una elección? ¿Si está determinado por tu inconsciente e inconsistente e inconforme ser? No importa cuánto peso pierdas, nunca te sentirás como quieres hacerlo. Esa insatisfacción insatisfecha que siempre pide más. Como tu entorno, como tú misma.

Mientras tanto, el mundo no se detiene. Las cosas no son como las deseas, como las exiges, como deberían. La familia sufre y goza tu enfermedad. Es difícil ignorarte. Tu locura es tan valiente, tan extrovertida, tan escandalosa. La patología familiar, de la que eres sólo síntoma, se silencia de repente para que seas tú la protagonista. La responsabilidad se vuelve únicamente tuya y eso es cómodo para el dolor de todos. La pareja que debe hacerte confiar en el amor, en el respeto, en la fidelidad, se vuelve un par sin amor, irrespetuoso e infiel. La mujer que debe hacerte querer ser una, se intoxica de sí misma. Y el hombre que debe asegurarte que encontrarás a otro que te amará, sólo alcanza a decir que te ves horrible tan flaca. Como si fuera un asunto de estética y no de estima, como si antes te hubiera dicho que eras bonita, como si pudieras comer con sólo quererlo. Como si lo quisieras. Los amigos se alejan, a veces los más importantes, porque es muy difícil enfrentarse a tu paulatina desaparición. Tu cuerpo refleja tu ánimo quebradizo y todos comienzan a moverse con cautela. Tu vida se ha vuelto

unidimensional. Las complejidades de tu humor, de tu carácter, de tu intelecto, han sido consumidas por un cuerpo hambriento y un espíritu insatisfecho. Nadie sabe si decir algo respecto a tu apariencia. Hacerlo es peligroso, porque se presenta como un premio a tu esfuerzo, pero no hacerlo es una invitación a seguir hasta que se note. Los maestros tratan de incluir dinámicas en las que te des cuenta de que eres una persona querida, de que no necesitas convencer a nadie de tu valor o de tu fuerza. Algunos escogen “aleatoriamente” a cinco estudiantes para que escuchen lo que a los demás les gusta de ellos. ¿Pero qué puede gustarle a alguien de un costal de huesos que se ha cubierto, como un bebé, de lanugo, porque su cuerpo se muere de frío; que se ha cubierto de indiferencia porque su corazón se muere de miedo? Otro día convocan a toda la generación a hablar de desórdenes alimentarios con una anoréxica “recuperada”, que te platica de los procesos del cuerpo, pero no de la mente. Todos saben por quién están ahí y todos van, en silencio, contribuyendo con su presencia, cuya solidaridad no alcanzas a apreciar.

De repente, cosas que tu cuerpo hacía con facilidad, se vuelven retos insuperables. Correr cincuenta metros en relevos es digno de aplausos, de porras. Todo lo que escapa a tu intelecto es insufrible. Pero al intelecto sí puedes controlarlo y te gusta demostrarlo. Te vanaglorias de desfilas lunes con lunes en la escolta en una pasarela en la que crees exhibir tu fuerza de voluntad, pero que sólo evidencia tu falta de madurez. Es, más bien, exponerte a la vista de todos, que no pueden ocultar el estupor de verte desaparecer. Tú, ni te enteras.

Poco a poco vuelves a sentirte inadecuada. Ese sentimiento sigue siendo un peso que no puedes perder. Y esa maldita inconformidad que tampoco se ha ido. Tus pies parecen, de repente, desproporcionadamente grandes, forrados en zapatos que parecen de payaso, que no te sirven para avanzar a grandes zancadas, pero tampoco te ayudan a reír. De repente te ves tan chiquita comparada con tus amigas, tan frágil. Dejaste de crecer y hace meses que no reglas. ¿Será que podrás tener hijos? ¿Importa?

Y de repente comienzas a explorar las diferentes facetas de ser mujer. Todas menos la sexual. Eres niña y te vistes con ropa de niña, y escribes biografías imaginarias que son premiadas. Y, al mismo tiempo, eres mamá y alimentas a los que te rodean cocinando banquetes que son laureados y que jamás pruebas. Alimentas a los demás para diferenciarte aún más de ellos. Esta obsesión del ayuno debe ser tuya solamente. Es como si tu imaginación no tuviera problema con crecer, ni con gozar. Puedes imaginar sabores, combinaciones de ellos y disfrutar de nunca saborearlos. Puedes imaginar futuros de éxito y de amor, sin nunca experimentarlos. Y te sientes segura. Sucede también que la diabetes parece desaparecer. De repente puedo comer azúcar otra vez sin presentar glicemias elevadas. Es como estar sana otra vez, relativamente, aunque sea porque la nueva enfermedad es mucho más difícil de controlar. Y me viene a la mente mi abuela. Esa mujer a la que quiero tanto y que se parecía tanto a mí. También diabética, también economista, también inconforme. Siempre haciendo dietas, la del sol y la de la luna, y usando su enfermedad como chantaje, hasta que su cuerpo se rindió y no quiso seguir. En ese mismo verano en que mi cuerpo decidió dejar de comer, el de mi abuela decidió dejar de vivir. Y estaba metida en su cama, tan flaca y tan frágil... Poco quedaba de esa mujer cautivadora que hipnotizaba con sus manos y su plática; que movía su pelo perfectamente peinado de un lado a otro, como presumiendo; que me decía que las relaciones no eran un asunto de belleza, sino de valor, y que contaba la anécdota en la que había ido al cine con un hombre muy guapo, que durante toda la película le había dicho: "María Mata, qué fea eres"; como admirado de sentirse tan atraído, y ella, vanidosa, había contestado: "Pero cómo te traigo..." "Ya caerá", decía siempre, y caía. Y era tan magnética, tan interesante, tan cariñosa y tan risueña y, sin embargo, no era feliz; siempre quiso más y siempre se puso trabas para no ser feliz, porque sentía que no merecía serlo. Y también eso me heredó. Y estaba ahí acostada, huesuda como yo, y me decía: "Y yo haciendo dietas toda la vida. Era cosa de dejar de

comer". Era como si hubiéramos entrado juntas a esa última odisea. Yo, en un intento por frenar el tiempo; ella, por acelerarlo. Y cuando la diálisis se volvió demasiado dolorosa y ella estaba demasiado cansada para abrir los ojos y los médicos eran demasiado realistas como para continuar con el intento de obligarla a vivir, le prometí que me cuidaría, si ella lo hacía; que me curaría, si ella lo hacía. Pero ella se murió.

Un día amanecí de quince años. Ese acto, en el que la sociedad te recibe como mujer, decidí festejarlo con una fiesta de niña, con go-rritos, servilletas y mantel de elefantitos rosas. ¡Dios mío! ¿Puede haber algo más sintomático? Y en la escuela, una fiesta sorpresa. Y todos, hasta los más apáticos, aparecen con regalos, comida, cartas y música, en una conmovedora peregrinación de cariños.

Me quitaron la báscula hace meses. Negocié su regreso a cambio de comer dos huevos en una semana, pero mi mamá no sabe que serán claras solamente y que van a cocinarse en una sartén sin aceite en el que se pegará la mitad. Treinta y seis kilos. No puede ser. Debo pesar, mínimo, diez más. La báscula está mal. Me subo, me bajo, me vuelvo a subir. Salto en ella. La ajusto. Nada. Treinta y seis kilos, vestida. La báscula no está mal, yo estoy mal.

Y, de repente, me canso de estar cansada. La debilidad me debilita. Quiero estar bien. Tengo que estar bien, y ya amenazaron con internarme. Me amenazan con quitarme el control. Mejor lo hago sola. Alguien tráigame esa rebanada de melón que iba a ser mi cena. Me meto a la cama a esperar que vuelva mi salud, mi cuerpo, mis amigos, mi familia, mi sonrisa, mi felicidad. Por desgracia, algunos se fueron para no volver.

El proceso de resucitarte es tremendamente lento. Sobre todo, creo, porque no estás segura de quererlo. Años de luchar contra ti misma le siguen a los años que llevas ya haciéndolo. Es como ir a paso de "gallo-gallina" hacia un futuro que no quieres enfrentar, luchando contra tu dicotomía. Meses en los que añoras los laxantes y el ayuno y el hambre, y de repente los usas para sentirte

segura otra vez. Meses en los que te sientes insultada cuando alguien dice que te ves “mejor” o que se alegra de notar que “ya eres tridimensional”. Y sigues con el engaño. Vas al médico con man-cuernas en los tobillos para pesar más, pero no subes de peso más allá de eso. Finges sentirte frustrada por no mejorar, pero te alivia saber que no has perdido el control. En cuanto te autorizan el ejercicio, le dedicas cuatro horas diarias. Has perdido la fuerza de voluntad para dejar de comer, pero no te puedes entregar a la inercia. Y de repente rebasas la que denominaste “la barrera de la gordura”, cincuenta kilos. Y vas perdiendo el control. Y empiezas a acumular grasa otra vez y te sientes juzgada y sola. La soledad es tu única compañera en esta locura. La soledad debe sentirse sola sin ti y tú sin ella. De repente tienes sobrepeso. ¿Cómo pasó? ¿En qué momento perdiste el control? Te mueres de tristeza. El mundo sigue su curso y tú sigues aislada. Tu peso no se relaciona de ninguna manera con tu estado de ánimo. Siempre el esfuerzo es insuficiente e incorrecto. Para cuando ya no llama la atención tu apariencia y tratas de reconectarte a la vida, es demasiado tarde. Tus amigas ya fueron adolescentes, el papel principal de la obra de teatro ya te fue arrebatado como un incentivo para que te recuperaras, tu mejor amiga ya se alejó porque se sentía demasiado identificada y tu familia ya se desintegró. Lo lograste. Evitaste ese futuro que no querías sentir y resucitaste cuando ya era pasado. Pero a ti te falta vivir el proceso y eres inadecuada otra vez. Y, de repente, la diabetes comienza su venganza. Te has vuelto insensible a la insulina y necesitas monstruosas cantidades de ella para mantener bajos los niveles de azúcar en sangre. La insulina funciona como anabólico y tú dependes de ella. Es una elección entre morirte o vivir muerta. Es un falso problema, como lo llama Salvador (que siempre me ha parecido un buen nombre para un psiquiatra... le añade un tono romántico a las sesiones, casi sarcástico, de hecho) porque no hay realmente elección (ni salvación). Tu cuerpo ha tomado el mando.

Y en todo ese tortuoso proceso, tu cuerpo es otra vez una distracción que te mantiene alejada de vivir. Eres como ese personaje de J. D. Salinger que detesta tanto a los adultos y que se niega a serlo, sólo para darse cuenta, después, de que no puede evitarlo. Así, llegas poco preparada a la realidad que tanto quieres evitar. Poco a poco empiezas a entender la frase de que las anóxicas nunca se recuperan realmente. Significa, por un lado, que tu relación con la comida nunca será sana. Es una vía conocida a la que puedes recurrir cuando sientes impotencia. Es un camino recorrido, una guarida, una trampa segura. Pero aunque puedas controlarlo, aunque puedas aguantar las ganas de vomitar y de ayunar y de sobreejercitarte, siempre estará ahí la insatisfacción. Tal vez siempre sentirás que debes demostrarle al mundo tu valor, que debes regatear el cariño, que no eres suficiente. Las demás mujeres parecen tan seguras, tan confiadas, tan felices. Sientes que todas tienen recursos para la estabilidad, menos tú. A todas les fue dada una cualidad, o varias, menos a ti. A todas les llega el amor, menos a ti. A todas les llega el éxito, menos a ti. Todo el dolor es una nimiedad, menos el tuyo. Todo eso es, por supuesto, una mentira. Un efecto secundario que viene con la miopía de la anorexia. Una miopía que aleja las cualidades, el éxito, el amor, la felicidad. O que los vuelve irreconocibles.

Y viene la depresión y comienzan los antidepresivos. Todos ellos placebos inútiles. No ayudan a que te sientas bien contigo misma, ni con los que te rodean. Ese soma es una mentira. Como tu percepción del mundo, como el manejo de tu cuerpo, como tu idea de las relaciones y de las mujeres. Los antidepresivos no ayudan. Parece que no es un problema químico... ¿pero qué es?

Así se siente la anorexia. Esos son sus síntomas. Es una enfermedad infantil, sin duda, porque sólo la ingenuidad de la inmadurez te permite creer que perdiendo kilos puedes ganar la dicha indiscutible. Sólo en un ser inmaduro puede habitar la idea de que restar kilos puede ayudarte a sumar afectos. Es una arrogante obsesión que

llegó para quedarse. Es una insatisfacción autocomplaciente en la que desprecias el dolor ajeno. Tu escandalosa enfermedad no puede ser un bluff. Tú sí sufres, tú sí tienes la fuerza de voluntad, pero el destino no te ayuda. Tu responsabilidad es sólo sobrevivir, los demás que se ocupen de vivir.

Desde muy niña soñaba con ser sirena. Es difícil explicar por qué. Son, a mi parecer, el símbolo por antonomasia de la sensualidad velada. Tal vez sea por eso. Porque no necesitan enfrentarse a nada. Sentadas, atrayendo marineros con una desbocada sensualidad que no necesitan ejercer. Utilizando su feminidad, sin necesidad de enfrentarla. Prefiriendo devorar que ser devoradas, lastimar que ser lastimadas. Alejadas de la vida, esperando a que ella pase. Soberbias, como no necesitando la compañía, pero exigiendo atención. Objetos de admiración y de deseo, que no necesitan admirar, ni desear, sólo cautivar cantando.

De repente, después de muchas relaciones fallidas, después de muchos amores que debí dejar ser, de muchas presencias que no debí ahuyentar, de infinidad de señales que no supe leer, llega alguien que me hace querer estar bien. Ya no es el hartazgo de la depresión lo que me motiva. Ya no necesito recuperarme, quiero hacerlo. Llega alguien que me ayuda, sin saberlo, a hacer las paces conmigo misma. A darme una oportunidad. Llega alguien que me tienta a dejarme ir, a creer que me merezco ser feliz. Alguien a quien ya no quiero regatearle el cariño para no regatearme la felicidad. Y todo es tan distinto. Y de repente me doy cuenta de todos aquellos que me acompañaron en este martirio. De quienes se quedaron por cariño y de quienes se fueron, también por cariño. Me doy cuenta de mi miopía y quiero corregirla. Me doy cuenta de la soledad que me impuse y quiero abandonarla. Me doy cuenta de que nada es tan maniqueo como me era fácil pensar. Que hay cosas buenas y malas, y que ambas valen la pena ser vividas. Me doy cuenta de que no se trata de acumular cualidades, sino de retener afectos. Me doy cuenta de que nada está determinado y que puedo cambiar mi destino. Y mi presente. De repente, ya no quiero ser sirena... Quiero ser mujer.